

# **EL ARTISTA DEL CIELO**

Alexia Domínguez Álvarez

© Alexia Domínguez Álvarez, 2018  
Diseño de cubiertas e ilustraciones:  
© Robert Clement

ISBN: 9781983276699  
Independently published

*A mis padres y a mi hermano,  
por su apoyo y amor incondicionales.*

*A esta decadente profesión que nos obliga  
a reescribir el mundo una y otra vez.*

## Capítulos

<i>Nota de la autora</i> .....	2
<i>La misión</i> .....	11
«Consumir la información diaria era como darse un buen atracón de golosinas; lo malo venía al hacer la digestión» .....	13
«La Policía siempre desayuna en el mismo bar» .....	22
«España era un país estancado hasta en las expresiones más básicas de nuestra condición animal» .....	32
<i>El artista</i> .....	39
«Benditos soplones con aires de grandeza y bendita Internet» .....	44
«La realidad es un prisma de doce caras» .....	49
«Las historias macabras siempre gustaban y gozaban de buena salud allá por las Américas» .....	52
«Usa tus armas de persuasión, que piense que tienes algo sustancial y quizás se abra de piernas» .....	55
«Porque el mundo en el que vivimos ya no admite ‘kapuscinkis’ ni ‘fallacis’» .....	59
<i>La noticia</i> .....	67
«Tendrá la credibilidad que tú le des» .....	71
«El silencio es, casi siempre, más importante que las palabras» .....	81
«Rebrotaba el tallo de una flor dormida, tras un tiempo de apatía y apariencia de bienestar» .....	92
«Si quieres que la gente te escuche, tiene que parecer que estás convencido de lo que dices» .....	98
«La respuesta más lógica es casi siempre la acertada» .....	113

«La memoria es un eco de aquello que quisiéramos olvidar, pero sin ella estamos perdidos».....	121
El ángel de la muerte.....	135
«La mayoría de las veces no se trata de lo que uno dice, sino de lo que uno calla».....	139
«Bien sabemos que el tiempo lo cambia todo, y la personalidad no se libra».....	152
«El mundo es como el personaje secundario al que nadie hace caso».....	167
«Cualquier grupo humano lleva en sí mismo el germen de una secta».....	174
«Trata a la naturaleza como a una igual y ella te devolverá el favor».....	187
La historiadora.....	196
«La explicación más sencilla es casi siempre la acertada».....	198
«Siempre hay otra opción en la que no has pensado. Si sabes leer bien lo que te rodea, darás con ella».....	205
«Nadie está preparado para la verdad».....	215
«Nadie se sirve un whisky y te pregunta “¿Estás preparado para la verdad?” si no esconde una bomba de relojería».....	221
«Cualquier persona que conozcas, no importa si el encuentro es fugaz, se convertirá en un misterio por resolver».....	232
«Nunca estarás lo suficientemente cerca, pero busca un recoveco donde no seas más que una mosca en la pared».....	248
La crisis.....	256
«Abrid bien los ojos y mirad con el corazón».....	261
«Todos podemos cambiar las cosas a nuestra manera, dentro de nuestras posibilidades».....	273
«Estos días azules y este sol de la infancia».....	281
El revelador.....	284
«Yo ya no creo en las casualidades».....	290
«Como si tras la consecuente pérdida de identidad después del encierro, volviese con mis raptores en pleno síndrome de Estocolmo».....	298

«La sinceridad es el arma de los corazones humildes y la liberación de los pobres».	310
«Todo el mundo miente y ¿cómo sabemos quién dice la verdad? Por pura intuición. Nos arriesgamos. Nos involucramos. Es imposible hacerlo de otra manera».	317
«Cuando todo empiece a cuadrarte, desconfía. Recuerda que nadie es dueño de la verdad».	326
El economista	344
«Siempre hay alguien que gana la partida, y ese alguien no tiene por qué ser el que más pelotas le eche».	346
«Somos los lugares que vivimos y las historias que contamos».	355
«La diferencia entre tú y yo son las batallas que queremos librar».	365
«Si esta no es la sociedad secreta perfecta, ninguna lo es».	374
«La dificultad de dar con la información es la noticia, porque te indica cosas; te indica que vas por buen camino».	390
«Estás solo en esto. Y esa es tu mejor baza».	414
«Cuando creen que has perdido todo tu potencial, quedas relevado al instante. No importa lo que valgas en realidad o lo que te esfuerces en recuperar la confianza. La duda, te desacredita».	430
«Nunca confíes en nadie, ni siquiera en ese melón que llevas sobre los hombros».	440
«Como mínimo sé que luché por algo, ese es el sentido que yo le doy a mi vida. Me siento bien aunque fracase».	448
El juicio	455
Algunos días después.	459
Agradecimientos	461

## **Nota de la autora**

Esta novela surgió una noche estrellada.

Una niña observaba el cielo y se preguntaba qué habría allí arriba y cómo se podría llegar hasta él. Entonces apareció el abuelo y le dijo: «¡Mira! Ese es el Carro de la Osa Mayor».

Desde ese día fueron muchas las noches estrelladas en que la niña y el abuelo se sentaron al fresco, frente a la casa de la palmera en el Valle de Arnoia, a observar las estrellas. Había algo en aquel caos lejano y reluciente que los atrapaba durante horas, había un orden y un sentido. Según contó el abuelo, las estrellas formaban figuras que se llamaban constelaciones, y cada una de ellas tenía una historia singular.

A medida que la niña se fue haciendo mayor, las noches estrelladas se fueron reduciendo y su mirada quedó supeditada a la tierra. No sólo por el manto de contaminación que cubría la gran ciudad de Barcelona, sino por todos los otros mantos que la sociedad le imponía.

Pero siempre hubo un momento, un pretexto para volver, aunque fuese una vez al año, para sentarse con el abuelo a mirar las estrellas.



## ***La misión***

—*Parece que esto ya está.*

—*Es perfecto. Gracias, amigo. ¿Lo has entendido bien?*

—*Creo que sí...*

—*Que lo creas no es suficiente... ¡No tienes ni idea de lo que contiene!*

*Es muy importante que sigas todos los pasos, tal y como te he indicado.*

—*Me está asustando, maestro...*

—*No temas, si sigues todas mis indicaciones, paso por paso, todo saldrá bien. El tiempo se agota y cada vez están más cerca.*

—*¿Y no sería más fácil si se lo explicara a ella directamente?*

—*Lo intentaré... Pero quizás no quiera escucharme. Ha pasado mucho tiempo. Demasiado. Ya no confía en mí.*

—*Pero, si le advierte de...*

—*Ya te he dicho que lo intentaré. No puedo perder tiempo. Hay demasiado en juego y a mí nadie me creería. Solo soy un loco clausurado en su colina. No me puedo arriesgar.*

—*¿Cómo ha podido pasar?*

—*Todo se corrompe... Te necesito Dim, más que nunca. Todo depende de ti.*

—*No se preocupe, maestro. Lo haré. Tal y como me ha indicado, paso por paso. ¿No me va a decir lo que contiene?*

—*Es mejor que no lo sepas. Por tu seguridad. Nadie te conoce, esa es la ventaja con la que jugamos, pero podrían llegar hasta ti si flaqueas. Te estoy pidiendo mucho... Hay secretos que es mejor no desvelar o acarrearás tu también con un fuerte peso difícil de soportar.*

—*De acuerdo, maestro. No le fallaré. Solo dígame que usted estará bien.*

—Estaré bien.

*Lo dijo como si realmente lo pensara. Como si viera una mínima posibilidad de que todo se revelaría a tiempo, antes de que nadie corriera ningún peligro. Pero, en realidad, sabía que lo más seguro era que estuviera equivocado. La amenaza era inminente. Y el riesgo lo corrían todos. No, no podía reconocerlo delante de Dim. No ahora que acababa de pedirle que le ayudara a llevar a cabo una misión que, probablemente, sería la más importante de sus vidas.*

*Si salía mal, las consecuencias serían nefastas y nada, absolutamente nada, habría valido la pena.*

**«Consumir la información diaria era como darse un buen atracón de golosinas; lo malo venía al hacer la digestión».**

Mañana del martes 4 de Septiembre de 2012  
Barcelona

*«Hallado el cadáver de un hombre en la playa de la Barceloneta. El cuerpo desnudo muestra claros signos de violencia con un extraño grabado en el pecho».* La fotografía que acompañaba al titular de El Periódico digital era espeluznante. Un plano medio del cuerpo inerte y deteriorado de un hombre yacía sobre la arena. La pantalla de mi smartphone era suficientemente grande para apreciar los detalles del macabro suceso. Hice un zoom a la fotografía con mis dedos. Sólo las marcas profundas en el pecho del cadáver podían apartar la vista de su rostro deshecho por el agua salada y las cuencas vacías de sus ojos.

El vagón de metro de la Línea 3 iba a rebosar. Parecía transportar una galería de zombies cabizbajos con la mirada perdida en sus aparatos electrónicos. Parecían seres biónicos con extremidades humanas extendidas en brillantes objetos metálicos. Entre las tabletas, sobresalía todavía algún libro. Pero ni rastro de diarios de papel. Ya casi nadie los leía. Algunos dejaban entrever rostros curiosos y confusos, extasiados de leer las desgracias de la humanidad en sus pantallas de cinco pulgadas.

La noticia no había dejado indiferente a nadie. Lo veía en sus muecas grotescas y fascinadas. Los pocos que hablaban, comentaban la lúgubre imagen.

La digitalización de la información había convertido la actualidad en un producto de consumo rápido y fugaz, aunque verdaderamente apetitoso. Cuanto más morboso y macabro, más sabroso. Consumir la información diaria era como darse un buen atracón de golosinas; lo malo venía al hacer la digestión. Tanto era así que la concepción del tiempo había cambiado. La vida ya no consistía en comprender un pasado para forjar un futuro, sino en permanecer y sobrevivir a un presente continuo. Por lo que a esta noticia podían pasarle dos cosas: perderse en la desmemoria colectiva o viralizarse de tal modo que acabaría infectando la vida mediática de todos los barceloneses.

A medida que avanzaba por el pasillo del vagón huyendo de la claustrofobia matutina del metro en la primera semana de septiembre, la fotografía del cadáver de la Barceloneta se iba repitiendo en cada micropantalla, como si la muerte de aquel hombre fuera el acontecimiento más importante de sus vidas. La mayoría no tardaría en compartirla en sus redes sociales.

La era de Internet había promulgado el interés de las personas por estar informados y compartir sus conocimientos. Aquello estaba bien. Lo malo era el tipo de información que escogían la mayoría de ellas. Y lo que era peor, las fuentes que consultaban. En la red, todos querían ser periodistas. Algunos de ellos incluso lo creían y actuaban como tales. Eran tiempos muy duros para la profesión. Devaluada. Menospreciada. Corrompida. Frivolizada.

La barba me picaba horrores, además, acarreaba un resaca de narices por culpa de Santino y las timbas de los lunes. Su ático de la calle Sant Pere Més Alt, frente al esplendoroso Palau de la Música, era un piso pequeño, pero reformado, de esos que se anuncian como «ideal parejas». Vivía con un tío alemán que le pagaba casi todo el alquiler a pesar de no estar nunca en casa. Aquella cita de los lunes en el ático de Santino se había convertido en algo indiscutible, como las pachangas de fútbol de los miércoles o los viernes noche en el Estéreo.

Llevaba ya un par de años con la misma rutina y mi madre seguía preguntándome con anhelo si me había echado novia. Yo le decía que solo tenía ojos para una. Se llamaba Barcelona.

Por lo menos vivía solo, de lo cual me sentía orgulloso pues conocía a muy poca gente que no compartiera gastos domésticos con otra persona. A diferencia de Santino, mis vistas se limitaban al feo y gris edificio de enfrente. En lugar del santuario modernista de la música, se alzaba la Parroquia de *Nostra Senyora*, en la calle Viladomat en pleno barrio de Sant Antoni. El alquiler aún no superaba los quinientos euros, que pagaba religiosamente todos los meses desde hacía un par de años. Por suerte, mi relación con el propietario gozaba de buena salud y no me había subido el precio nunca, ni siquiera debido a la crisis en la que estaba sumido el país desde 2008. Pero empezaba a ponerme nervioso dado el auge de «moderneo» que se había instalado en el barrio. Casi cada semana se abría un restaurante nuevo, de esos con palés restaurados y estanterías de madera con plantas de interior, sillas incómodas de colores y mesas de rastrillo. La era de Ikea y las tendencias *Do It Yourself* lo habían conquistado todo.

Muchos vecinos empezaban a largarse por las desorbitadas subidas de alquiler. Solo esperaba que no me tocara a mí también. Las subidas de sueldo anuales eran ya cuentos de abuelos.

La gente con prisas se amontonaba cerca de las puertas automáticas en un afán de conseguir la mejor posición para, llegado el momento, saltar de aquella cápsula metálica inestable.

Fijé mis ojos miopes hacia el fondo, buscando un respiro al final del vagón, junto a las últimas puertas de salida. Era el único lugar donde siempre quedaba algo de oxígeno y me situaba así más cerca de las escaleras automáticas que me alzaban del submundo. Era prácticamente imposible pasar sin tropezar con algún pie, mochila o maletín descuidados en el suelo. La falta de asientos suficientes provocaba malas caras entre ancianos con dificultades de equilibrio y jóvenes autistas en sus mundos de pistas mp3. Hacía calor y se respiraba un aire cargado de agobio y frustración. Para la mayoría, el periodo vacacional quedaba atrás y eso también se notaba en las caras de los catalanes, mezcladas con los rostros nórdicos pasmados y sonrientes de los nuevos «guiris» que invadían la ciudad.

Tanteé los obstáculos y empecé a abrirme paso entre los *zombies* biónicos, con un sin fin de «perdones» y «disculpes» hasta llegar a las últimas puertas de salida. Me preguntaba qué tema podía recuperar: tenía otra familia desahuciada en el Raval, innumerables locales en traspaso por la crisis, empresas que quebraban, más recortes sociales, la convocatoria de nuevos *scratches* organizadas por médicos, educadores y estudiantes... Todo el mundo se manifestaba por algo. Y para más inri se acercaba la *Diada de Catalunya* y se prometía gorda.

Una mujer parecía estar al margen de todo aquello. Apoyada en los cristales de la cabina, miraba a través de las puertas de su izquierda, con la cabeza entornada y los ojos perdidos en las paredes del oscuro túnel que atravesábamos a toda velocidad. Yo me acercaba a trompicones, esquivando hombros, brazos y toda clase de extremidades humanas y no humanas. Había un espacio frente a ella. Parecía evitar la mirada con cualquiera, como si aquella galería de muertos vivientes la hubiera ido arrinconando hasta su posición.

La examiné mientras me acercaba. Su vestido azul de flores blancas le daba un toque retro, pero su peinado denotaba un espíritu joven y descocado. Era muy corto, color plata, alocadamente peinado de manera que cualquier pelo extraviado parecía estar calculado al milímetro. Escondía la

mirada tras unas estrechas gafas de pasta también blancas que le daban mucha personalidad. Me resultaba difícil discernir su edad.

Antes de llegar hasta ella, me quedé atrapado unos segundos. El metro se paró y comenzó a entrar todavía más gente. *Plaça Espanya* era una de las paradas más odiosas del sistema ferroviario catalán. Hombres de negocios, más «guiris», viajeros y trabajadores de sueldos vulgares como el mío, se encajaban cada mañana en una especie de «Tetris» colorido e imperfecto.

La mujer del vestido azul con flores blancas no parecía tener intención de bajarse, de modo que me situé justo en el espacio que había dejado delante suyo encarándome hacia las puertas y sosteniéndome en la llave de apertura. Ella continuaba con la mirada perdida en el negro corredor.

Podía ver su rostro contenido e inmóvil y sus agitados ojos reflejados en el cristal de las puertas automáticas. Me volví hacia ella y algo detrás de su oreja derecha llamó mi atención. Una mancha negra. Aprovechando una nueva parada de metro y su consiguiente fluctuación de pasajeros, indiscreto me incliné hacia atrás intentando discernir qué era.

Un tatuaje.

Dos oscuras líneas ondeadas, horizontales y paralelas. «Qué mujer tan singular», pensé. Cosa que debió notar por la mueca que dibujé en mi rostro. Me miraba con desaprobación mientras peinaba su corto pelo hacia delante, intentando ocultar mi hallazgo.

Bajé la cabeza avergonzado, las puertas se abrieron y descendí del vagón sin osar girarme de nuevo hasta oír como el metro se perdía otra vez en la oscuridad.

La Estación de Sants estaba abarrotada. Había colas hasta en las máquinas expendedoras de billetes. El barullo era ensordecedor y estresante. Pasos taconeados y aligerados conformaban una acelerada y arrítmica melodía de claqué, entorpecida por el ruido de innumerables ruedas de maletas girando indiscriminadamente. La escena frente a mí parecía una de esas secuencias del cine clásico, coreografiadas a la perfección para abrir paso a la cámara subjetiva que simulaba la mirada del protagonista. En este caso, la mía. Una femenina y robotizada voz en *off* cantaba unos tras otros los destinos estipulados de la jornada.

«A quién madruga, Dios le ayuda...», recordé del refranero. ¿Quién inventaría aquel #estupidorefran? Mi único lema matutino era: «Tranquilo, el transporte público puede ser peor». Lo twitteé.

\*\*\*

En la redacción, por llamar de alguna manera a un diáfano bajo sin ventanas de unos sesenta metros cuadrados, Calleja me esperaba en su despacho: un cubículo diminuto y transparente situado al fondo de la sala que se abría tras cruzar la gran puerta de cristales opacos que daba a la calle Alcolea. En ella se disponían dos filas paralelas de cinco mesas cada una, compartidas por los ocho redactores que trabajábamos para él, además de la encantadora Rita, «secretaria-administrativa-contable-multifaenas» que nos hacía a todos la vida más fácil. Saludé alegremente al entrar.

Todos habían vuelto ya de vacaciones. Rita se levantó de un brinco para abrazarme y darme dos besos. Su sonrisa y rostro cordial eran lo primero que veía cada mañana desde hacía tres años. Era simpática y risueña, de unos cuarenta-y-tantos, madre soltera de una adolescente que adoraba y con la que discutía continuamente. Solíamos hablar de ella a la hora del café. Los colegas de Política, Economía y Tendencias se levantaron a saludarme luciendo bronceado. Tailandia, Finlandia, las Cies... Deportes me saludó alzando una muleta desde su mesa. Se había roto el tobillo haciendo *kite* en el País Vasco. Era una auténtica kamikaze. El resto, inmersos en sus pantallas y líos de letras, ni se molestó en saludar. Joana, Santino y Guitart, eran los únicos tres pringados de la familia, aparte de mí, a los que les había tocado quedarse a cubrir los «pesebres» de verano. Dada la falta de novedades y estupideces varias de los políticos de turno, las páginas de la prensa se llenaban de temas insulsos y de muy poco interés local. La mayoría se pasaban los calurosos días de verano de inauguraciones, convenciones e invitaciones a fiestas extremadamente aburridas, pero con bebida gratis y regalos a la prensa.

Más allá de los incendios y sucesos veraniegos de turno, las malas noticias se marchaban con la gente de vacaciones. Con un poco de suerte, caía algún festival de música que Santino no dudaba en compartir conmigo. Pero, llegado el mes de Septiembre, la apatía se había acabado.

Fui directo a la jaula de cristal de Calleja. Su *WhatsApp* había sido contundente: «¿Dónde coño estás?». El tiempo que llevaba trabajando en el NuevaEra bajo su dirección me habían obligado a acostumbrarme a vivir pegado al teléfono móvil y, en efecto, aparte de ganarme numerosas papeletas para acabar contrayendo algún tipo de cáncer antes de los 40, a mantenerlo encendido día y noche, fuera donde fuera, estuviera con quien estuviera. Aquí el periodista «servicio 24h», como lo médicos, los polis y las putas.

—¡Buenos días! —espeté asomando la cabeza por la puerta de su despacho.

—Serán los tuyos... —contestó sin prestarme la más mínima atención—  
¿Has visto lo del cadáver de la Barceloneta?

—Ssssí... —alargué la «s» hasta que pude recordar el titular que acababa de leer en el metro—. Lo del tío con «no-se-qué» grabado en el pecho... —dije al fin.

La pantalla de su ordenador le tapaba media cara, solo se oía la respiración fuerte y ronca de un fumador empedernido y los clics de su ratón.

—¿Has visto el vídeo?

Me coloqué a su lado sin tener la menor idea de lo que me estaba hablando. Calleja tenía abierto el Youtube, cuando un vídeo borroso, grabado en vertical, empezó a reproducirse.

Se veía oscuro, aunque no del todo. La cámara se movía bruscamente, como si la persona que la condujera caminara a toda prisa. Se oía su respiración exaltada y entrecortada. Fragmentos de arena y agua aparecían en las imágenes de lado a lado, junto a unos pies calzados en una deportivas de correr. El sujeto se frenaba a pocos metros de un bulto blanquecino que destacaba a pie de la olas, inerte sobre la playa, captando la imagen de lo que parecía un cadáver. Tras volver la vista hacia el paseo, como cerciorándose de que no había nadie más allí, la cámara se acercaba cada vez más al cuerpo, cada vez más hacia el centro de su torso desnudo, hasta fijarse en una espantosa cicatriz que le ocupaba la mayor parte del pecho. La respiración del individuo que conducía la cámara del móvil se aceleraba, emitiendo soplidos apurados de angustia por el contenido de lo que estaba registrando. Al dirigir la cámara en sentido horizontal hacia el cuello y topar con el rostro desfigurado de un hombre sin ojos, la imagen se cortaba.

Antes de que se volviera a reproducir, Calleja puso el vídeo en pausa esperando alguna reacción por mi parte.

—¿Esto es real? —dije.

—¿Tú qué coño crees, Dalmau?

—Podría ser un *fake*...

—¡No es un puto fake! ¡Lo han sacado todos menos nosotros! —gritó enfurecido—. ¿Cómo puede ser que se nos haya pasado? Hasta «los papeles» —término con el que se refería a la prensa escrita— se nos han adelantado... ¿Dónde coño estuviste ayer?

Víctor Calleja era uno de esos periodistas de estudio. Un Humphrey Bogart de la información al más puro estilo Richard Brooks con la decaída física y moral de Marlon Brando: gordo, fanfarrón y emocionalmente

inestable. Su falta de escrúpulos a la hora de denunciar las injusticias sociales le había llevado a dar tumbos por las publicaciones más importantes del país. Tanto le habían dado la fama por sus oscuras investigaciones, como se la habían quitado una vez se convertía en un picajoso grano en el culo para la empresa de turno que las adquiría. Su pluma agresiva hizo estragos entre el sector político y empresarial, sobre todo, allá por los 80 y 90. Huevos no le faltaban, todo lo contrario. Pero eso era, precisamente, lo que le había alejado de los privilegios que encerraba el circo periodístico.

«Siempre ha habido ‘temas prohibidos’ y siempre los habrá, pero nadie tiene los cojones suficientes para callarme del todo», me había dicho cuando le conocí. Ese fue uno de los motivos que le empujaron a crear El Nueva, como le llamábamos coloquialmente a nuestro diario digital. Harto del círculo vicioso que se creaba alrededor de los cuatro poderes, y después de toda una vida entregado en cuerpo y alma a la profesión que había antepuesto a una vida en familia, como tantos otros y otras de su generación, decidió montárselo por su cuenta. Dejó el papel por la pantalla y se lanzó al mundo de los *bits* dispuesto a decir y a hablar de lo que le viniera en gana.

Yo le admiraba por su historia. A mis casi 30 años no había conseguido ni la tercera parte de lo que él a mi edad. Y pese a haberse convertido en un malhumorado y tosco sesentón, adicto al tabaco negro y al whisky, que se entretenía jugando a ser maestro con jóvenes becarias desesperadas por una oportunidad, era un *rottweiler* de la práctica periodística. Esta cualidad le había permitido conservar a fieles seguidores de su escritura y algún que otro «amiguitos» de épocas doradas que le ayudaba a mantener anunciantes y subvenciones de extraña procedencia. Pero eso era lo que menos nos importaba a los demás, siempre y cuando El Nueva mantuviera esa libertad de opinión y de información que nos había vendido y que, hasta el momento, habíamos conseguido mantener, pese a haber aceptado la inclusión de ciertos contenidos de fácil y ameno consumo. Eran conocidos como *clickbait*s, noticias con titulares cebo atractivos, irresistibles para el usuario, para generar el máximo número de clics, muchas veces a costa de la calidad del propio contenido: «10 fracasos cotidianos en la vida de un hombre soltero», «Los 6 empleos más absurdos que tendrás en el futuro», entre muchas otras lecciones. Al fin y al cabo, lo importante era que alrededor de 100.000 visitas diarias confirmaban que, al menos, alrededor de 100.000 cerebros humanos buscaban una nueva manera de interpretar y de comprender el mundo.

Al parecer, nuestro inconformismo con el sistema periodístico tradicional y toda su lacra de intereses y viejas glorias, además de la mala leche *Calleja-style*, se había extendido entre un alto grado de la población más joven y algunos veteranos de mente abierta. Los medios de la competencia hablaban de nosotros, los redactores del El Nueva, como «los sabuesos de Calleja»; los más retrógrados nos habían llegado a llamar «la panda de Calleja» y hasta, en una ocasión, «los incubos y súcubos de Calleja», mi calificativo favorito. La media de edad de nuestra audiencia colindaba entre los 25 y los 45 años: éste era el principal motivo de su desdén. Nuestro núcleo de influencia se concentraba exactamente donde debía: en el ojo del huracán social. No se nos podía considerar un «medio influyente», si es que aquel eufemismo tenía algún tipo de valor tangible, pero nuestras pequeñas «chispas» ahí estaban, siempre presentes, donde más dolía.

En Internet habíamos sido una revolución. No obstante, era duro. No solo combatir, sino mantenerse. Informar debidamente siempre había sido difícil, pero ahora con los tiempos que corrían se convertía en una misión prácticamente imposible. La democratización de la información se había convertido en una carrera hacia el imperialismo mediático en el que la minoría acababa siempre colonizada. La presión llegaba a ser insoportable, e insostenible, por lo que eran muy pocos los que no acaban sucumbiendo a las duras reglas del juego. Por eso era sumamente importante tener a la cabeza una figura como Víctor Calleja: imbatible, infranqueable y tremendamente incansable. En ocasiones, desesperadamente obstinado. Pero su codicia informativa no tenía límites. Por eso, para lograr lo que quería, siempre acababa jodiendo a todo el mundo con sus malas formas.

—Estuve liado con el tema de las revueltas estudiantiles —intenté escabullirme. «Y después me fui directo al piso de Santino a pulirles 100 pavos a él y a sus colegas ‘modernillos’». Eso no lo dije, pero lo pensé.

—¡No me importa! —me interrumpió—. El tema es tuyo. Vete a ver qué encuentras... Quién es ese tío y como llegó hasta allí... Quién lo encontró... Averigua a qué viene todo ese rollo del grabado... Consigue al madero que se encarga del caso... ¡Lo quiero todo!

Ahí estaba, conectado en «modo ladrido». Me enfurecía cuando se ponía así. Como si aquel fuera «el tema» que nos iba a salvar a todos de la ruina... ¡Con la que estaba cayendo!

—Pppero... —balbuceé.

—Eh eh eh... no malgastes tu saliva conmigo.

Acaté las ordenes sin rechistar. En el fondo, sabía que si Calleja apostaba por un tema era porque intuía que debía haber alguna buena historia detrás.

Si algo tenía aquel perro viejo era un excelente olfato para destapar la mierda más incrustada y mal oliente de la ciudad.

Joana me vio salir del despacho directo hacia la calle con cara de niño castigado.

—Eh, ¡tú! ¿Dónde vas con esos aires? —preguntó.

—A cubrir «el tema» de mi vida... —respondí indiferente antes de desaparecer por la puerta.